

en obras artísticas posteriores, que han sido fuente de las obras maestras del arte pictórico de Rubens, Mignard y Lebrum, ora cubriendo la fuga de María de Médicis en el primero, ora representada con manto azul estrellado, grandes alas, corona de adormideras y dos niños en los brazos, uno blanco y otro negro, como representación de los sueños, en el segundo, ó bien en la notable actitud que Lebrum la concibió, sacudiendo un velo del que se escapan aves nocturnas, rodeada de espectros y fantasmas. Sobre el cenotafio del más grande de los Médicis, el colosal cincel de Miguel Angel esculpió la noche representándola en hermosísima mujer desnuda que pisa la máscara de la tragedia, en tanto que su reposo permite quietud al buho que se encuentra junto á ella. Artista gigante que sabía ingerir su pensamiento en las materias más duras, mereció que renombradísimo poeta le hiciera un soneto del que casi sin podernos contener copiamos una cuarteta:

La notte che tu vedi in si dolci atti
Dormire, fu da un Angelo scolpita
In questo sasso; é perche dorme, ha vita;
Destala se nol crei é parleratti.

Era la noche, sí; porque dormía tenía vida, mas hay necesidad del sueño, en el que reposamos de las trabajosas luchas que sostenemos sin cesar, y aquel que en secreto dejaba quemar su corazón en la luz de los ojos de Victo-

ria Colonna, aquel que pudo apeteer el eterno reposo de la más larga de las noches para que se calmaran las angustias de su alma, recordó sólo el miserable estado en que se hallaba la patria y contestó:

Grato mi é il sonno, é piu l'esser di sasso,
Mentre che il danno é la vergogna dura;
Non veder, non sentir m'è gran ventura;
Pero non mi destar; deh! parle basso!

y quién sabe si al expresarse así lamentaba algo más que las desgracias de su patria.

El recuerdo que constantemente hacemos de esta composición del distinguido vate mejicano, nos lleva á divagar, tal vez en perjuicio de la paciencia de nuestros lectores; séanos perdonado en gracia á los mil recuerdos que en la mente de todos despertará, pensando en noches venturosas que han pasado ó que se esperan, noches que nos consuelan con su calma y sus misterios. Muchas veces nuestra alma inquieta se ha desahogado contemplando el pálido lucir de las estrellas, y muchas ilusiones nacieron en la sombra, cuando todavía la tímida luna, filtrando sus rayos por entre las hojas de los árboles, dibujaba en el suelo caprichosos fantasmas: cierto que engendra la noche espectros y dolores en la hora en que, como el poeta de Sulmona, decía:

Jamque quiescebant hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos,

pero bendita sea aquella en que mirábamos al

cielo con el corazón regocijado, y veíamos ángeles de flotantes gasas en el espacio, mujeres hermosísimas á nuestro lado, y cada sople de aire nos traía un beso, y cada ruido de la naturaleza era un halago. ¿Por qué culpar á la noche? Viene el día, lo aclara todo, y de nuevo volvemos á vernos solos, tristes y en perpetuas congojas.

Más de una vez nos hemos preguntado cuál era la causa de los mágicos efectos que produce la noche, sin haber hallado satisfactoria respuesta, é investigando, encontramos al fin en Diderot una explicación que puede aclarar bastante y que por los términos que más méritos le dan, copiamos íntegra: «No es por el color, ni por los astros que brillan en la noche, por lo que nos admira el firmamento. »Si colocados en el fondo de un pozo no vierais más que una pequeña parte, seríais de mi opinión; una mujer que fuera á una tienda de sedas y el dueño le ofreciera una vara ó dos de firmamento, quiero decir, de una tela del más bello azul, con brillantes estrellas, no lo tomaría para hacerse un vestido. ¿De qué nace, pues, el transporte que nos causa una noche estrellada y serena? Es, si mucho no me engaño, del espacio inmenso que nos rodea, del silencio profundo que reina en este espacio, y otras ideas accesorias, referentes las unas á la astronomía y las otras á la religión; al decir astronomía, quiero referirme á la popular, que se limita á saber que estos pun-

tos brillantes son masas prodigiosas, relegadas á enormes distancias, donde son el centro de una infinidad de mundos, suspendidos sobre nuestras cabezas, y donde el globo que habitamos se distinguirá apenas. ¡Cuál no ha de ser nuestro estremecimiento cuando imaginemos un creador de toda esta enorme máquina, llenándola, viéndonos, entendiéndonos, rodeándonos y tocándonos! Hé aquí, si mucho no me engaño, las fuentes principales de nuestra sensación á la vista del firmamento: es un efecto, mitad físico, mitad religioso.»

Efecto mitad físico, mitad religioso, es cierto, eleva nuestra alma á la contemplación de la belleza absoluta en Dios, nos deja pensar en los mágicos encantos de la creación y al través de las sombras percibimos la inmensidad de la naturaleza que nos hace exclamar con Goethe:

¡Stünd ich Natur! ; vor dir ein Mann allein!
Da war's der Mühe werth ein Mensch zu seyn,

y entonces, cuando todo yace en la quietud y en el reposo, cuando la vida parece extinguida, cuando parecemos solos en medio del universo, cual si cabalgaran en alados corceles, llegan á nosotros recuerdos de un tiempo que pasó, memorias de placeres y dolores, de goces y aflicciones, ilusiones y desengaños, con lo que nos entretenemos en formar mundos caprichosos y situaciones que, según el estado de nuestra alma, cambian de color como la luz al descomponerse en el prisma; el pensamiento se revuel-

ve en el espacio de que goza, y cuando en tal estado se dispone de una imaginación como la de Híjar y Haro, el resultado es admirable, como admirable es la composición de que hablamos.

En octavas magistralmente hechas, con pensamientos bellísimos al par que verdaderos, el poeta se lanza en el pasado de su vida cuando,

Todo muerto parece y todo vive,
Todo es al alma misterioso y vago;
Cuando suspira el céfiro en el lago
Parece que suspira un corazón.
¿Qué es el rumor que del desierto llega
En fugitivas ondas á mi oído?
¿Es el oscuro genio del olvido
Que borra de una tumba la inscripción?

Sigue sus tiernos recuerdos de perdida ventura, se cree feliz en la ficción que se forja, aumenta su dicha en la ilusión fascinadora que le persiguió un día, y por la reacción que es tan común en la vida, lamenta la calma que perdió, el engaño que ha sufrido, llegando á la magnífica exclamación:

¡Maldita la mujer que miente amores
Del hombre profanando el embeleso!
¡Maldita la mujer que deja impreso
En el labio un dolor con un placer!

Imponiéndose luego la violencia tan propia del que ama, se rehace del despecho causado por un recuerdo, prorumpe en quejas, y al sér que le causó tanto martirio debe verlo en dulce

penumbra, como si se hallara en un punto equidistante de dos estrellas, cuando dice:

Era su voz más suave y melodiosa
Que del Zenzontle el matinal arrullo,
Más dulce que del árbol el murmullo,
Que daba sombra á mi paterno hogar.
Era su acento el eco de un suspiro
Que allá en la noche cariñoso suena;
Era el canto fugaz de la sirena
Que cruza solitaria por el mar.
Era un lucero, un ángel vaporoso,
El trasunto ideal del universo;
Era de mi arpa de dolor el verso
En que se alzaba mi plegaria á Dios.

Tras esta notable concepción de la encantadora mujer que por vez primera lo llevó al mundo de las sensaciones, encontrándose en un presente árido y triste, avanza con tardo paso viendo los campos yermos, sin flores las matas, los árboles sin frutos, erizado de espinas el camino; ve sus piés brotando sangre, siente la nieve en su cabeza y experimenta indecible turbación al escuchar el bramido del huracán y el retumbar del trueno que le hacen recordar las

Noches felices que al pasar dejaron
Sin vida el corazón junto á su edén.

Volvemos á repetirlo, subjetivo como ninguno, hay en las composiciones de Híjar el sabor de la originalidad, y en ésta se le ve pensador y hombre de sentimiento; sus ideas, que brotan

sin esfuerzo, aparecen impregnadas de esa melancólica tristeza que se experimenta al caer la tarde; rico en imágenes, no decae jamás, y el correcto en su forma, maneja el habla con la seguridad del que la cultivó en prolongado y constante estudio.

Al mismo género que la anterior pertenece la titulada *Suspiros del Arpa*, composición hecha con igual maestría, cuyo fondo podemos expresar diciendo que es la adoración mística de un alma, traducida en el misterioso lenguaje que sin palabras, por medio de expresión, entendemos todos; comprobación de lo que en un principio hemos dicho, es una hermosa elegía en la que el poeta, entre mil imágenes bellas, mil conceptos delicados, hace profesión de fe, y por ella podemos compararlo con cualquiera de aquellos Minnesingers que florecieron en el siglo XIII, espíritus caballerosos que de un país al otro seguían á su dama con el arpa al brazo y que al salir el sol, ó cuando más alto en el zénit se hallaba, ó al caer la tarde, hacíanla vibrar en su honor y las aves canoras del bosque le hacían coro. No queremos decir con esto que, romántico con exceso, se aleje del credo de la sociedad moderna, ó sean tan abstractos sus ideales que nada se vislumbre en ellos, como sucede en los enrevesados párrafos de algún krausista furibundo, afirmamos sólo que sus composiciones son expresión del alma universal que flota en la esencia y de la que nos sentimos parte antes que ninguna

otra idea, extraña á la pureza, bastardee nuestros sentimientos. El cuadro en ella presentado es conmovedor y tierno; el poeta cierra los ojos al pasado duelo, y aunque, como filtra el agua al través de las más compactas sustancias, el pesar se advierte acá y acullá en distintos versos, se cree en otra atmósfera que le permite realizar determinaciones de su voluntad, pues como dice hablando de su corazón,

Cuantos himnos en él han resonado
Los arranqué al olvido por tu amor.

El amor, siempre esta pasión que, según Saint Prosper, es tan difícil definir como la felicidad, sin duda porque se confunde con ella, hé aquí lo que bajo todo late, hé aquí lo que á la poesía sirve de fundamento, pues cualquiera que sea su forma y por velado que aparezca, es indudable, en cuanto se estudia se ve algo del sentimiento por que apareció el mundo, por el que fué redimido, y que es causa de que todos los seres vivan. Híjar y Haro, entendiéndolo perfectamente, ha ascendido hasta él, que equivale á prescindir de la tierra y sus miserias, gracias á lo que, los sueños se hacen realidades y las realidades encantan; sueños queridos deben serle aquellos que confiesa al decir:

¡Cuántas veces dormido entre las rocas,
En donde cuelga el águila su nido,
Al borde del abismo suspendido
Soñando en tus encantos desperté!

¡Cuántas también perdido en las montañas
Entre arboleda de silvestre aroma,
Al canto gemidor de la paloma
Durmiendo entre las zarzas te soñé!

Procurando deshacerse de importuno recuerdo que proyecta negra sombra, embriagado en inefable dulzura, hace recordar una de las grandes escenas del *Romeo y Julieta* de Shakspeare, exclamando:

¿Qué importa que la noche se eternice,
Ni que en tus brazos me sorprenda el día...

mas, no le lleva á tal expresión el material deseo: de la mujer que se ama se hace un ídolo, y esto será tal vez causa de que en la sucesión del tiempo nos abrume el negro pesar; á las ilusiones de un antropomorfismo tiene que suceder la grandeza de una religión verdadera; ridículo será que nosotros por nuestro gusto queramos para nuestra vida ser el histórico Juliano. Sin anticiparnos, volviendo á lo que podemos llamar paganismo de la existencia, al ídolo querido quemamos perfumes, y sin castigos que nos amenacen, con sin igual esmero cuidamos de que no se extinga el fuego sagrado que brilla en el ara; cuando esto sucede se pide como el poeta:

Deja que amante por tus bellos ojos
Te infunda ardiente mi insaciable anhelo:

estimando tal vez que fué lejos, como arrepentido exclama:

Si en tus labios el néctar apurara,
El cristal del pudor empañaría,
Y el cáliz virginal se rompería
Al soplo de mi aliento abrasador.
¡Entonces, ¡ay! ¡entonces!... ¡qué amargura
Al mirarte ultrajada por mí mismo!
¡Cuán hondo fuera para mí el abismo
De tan culpable y maldecido error!
Ni lo quiero pensar. La nueva aurora
Ilumina risueña mi esperanza,
Y cuanto avaro el corazón alcanza
Es de ilusiones dilatado mar.
Cuando canta la tórtola apacible
De la enramada bajo el toldo espeso,
Su blando arrullo me parece un beso
Que me manda tu pecho al suspirar.

Esta breve muestra puede muy bien por sí sola formar una poesía y ocupar puesto muy preferente en el libro de cualquier poeta á quien guste salir á composición por pensamiento.

Sin que se dé la menor solución de continuidad en las admirables sensaciones que el poeta sabe despertar con su ternura y delicadeza, termina la magistral composición dejando brotar de su alma el sentimiento que sólo por intervalos le abandona.

Si es la verdad mentira, infierno el cielo;
Si es la dicha una forma del delirio,
Acepto la ventura del delirio;
Y en vez de maldecir quiero cantar.
Si eres sombra, mi bien; si eres un sueño
Que caprichosa me forjó la suerte,
Hasta bajar al seno de la muerte
En tu seno de amor quiero soñar.